



PREGÓN DE SEMANA SANTA LA UNIÓN 1994

TITO CONESA JIMÉNEZ



20 DE MARZO DE 1994

IGLESIA PARROQUIAL DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Pregón de Semana Santa La Unión

20 de marzo de 1994
Tito Conesa Jiménez

ANTES QUE NADA, UN PEQUEÑO PREAMBULO

Sucedió hace tres meses. Suena el teléfono y mi interlocutor me espeta:

-Saca tu agenda y anota una fecha: 20 de marzo.

Domingo. Pregón de Semana Santa de La Unión.

-De acuerdo -le respondo- procuraré no faltar.

~Y tanto que no vas a faltar -me contesta- como que el pregón lo dices tú.

-...(¿?)...

-Porque naturalmente no te atreverás a negarte...

Así que hoy, 20 de marzo, domingo, no comparezco aquí correspondiendo a una Invitación, sino dando estricto cumplimiento a una orden da la Asociación Cultural "Ciudad do La Unión". A tus órdenes, presidente. Aquí estoy. Pero te advierto y me curo en salud: si esto sale mal, tuya será la culpa. Porque quien so limita a obedecer, como ahora os mi caso, nunca se equivoca.

Ya puesto manos a la obra, la verdad es que agradecí el encargo, como lo agradezco ahora. Porque ¿qué supuso para mí la Invitación (digo la orden) de pronunciar el pregón de Semana Santa de mi pueblo?

Cuando me enfrentó al primer folio en blanco me di cuenta que me aprestaba a dar un salto atrás, un reencuentro emocionado

con un paisaje, con unos rostros y un ambiente que desearía recobrar. Mi capacidad afectiva quedó prendida del tiempo pasado y, entre renglón y renglón, cuando me asaltaba alguno de los mil y un problemas diarios con que nos encadena la vida, desprecié esos problemas, como ahora los desprecio, para decirme, para decirlos, que me ocupan cosas mucho más serias: pensar en mi infancia.

Así que, puestos a imaginar, imaginemos a un chiquillo de unos 10 o 12 años, que lleva toda la mañana del Viernes Santo nervioso. Esperando que se produzca el *milagro*. Su madre lo ha vestido con la ropa del domingo. El chiquillo sabe que falta poco para que ocurra lo que tiene que ocurrir, porque muy de mañana ya había escuchado el inconfundible *tararí* de las trompetas y el nervioso repiqueteo de los tambores.

Así que el chiquillo iba del balcón a la terraza y de la terraza al balcón, para ser el primero en ver formada la escuadra de la Cruz Roja. Lo que más le gustaba era cómo, a los sones del trompetín, la marcial formación se movía y se cuadraba a la llegada de don José Garrido, con su banda blanca y roja cruzada sobre el pecho del uniforme. Poco antes los había revisado Enrique Gijón, de impecable alférez.

Se distraía el chiquillo con los preparativos del desfile, mientras seguía esperando el milagro. El milagro, para él, era que todavía le llegara una túnica. La explicación de por qué no tenía túnica para salir en la procesión había sido demasiado escueta, muy insuficiente para aquel crío inconformista: "Porque no quedan túnicas" le habían dicho. Corta frase para la largueza imaginativa de aquella cabeza que empleaba sus ocios entre la ansiedad y la recreación de un mundo imaginario, hecho por sí y para sí al margen de una realidad ambiental cubierta de necesidades y

alguna que otra hambruna.

No quería comprender el chiquillo por qué sí salían Martín y Verdú y él no. Por estar en la procesión, hasta no lo habría importado ir de monaguillo, como Dominguito Hernández, su amigo de la escuela de don Julio Roca, que salía al lado del estandarte de la Caridad agarrado a una borla. En la otra borla iba su amigo Antoñico, el de los Fuentes, que, aunque vivía en Murcia tenía el privilegio de aparecer en los acontecimientos unionenses, cuando, como aquel día, por encima incluso de los manganos, hasta podía olerse a siempreverde y a recién regado.

Y aún envuelto en su imparable imaginación, también el chiquillo se negaba a comprender por qué, a falta de túnica, tampoco le dejaban salir junto a los de la Cruz Roja, con su espada de plástico plateado si, al fin y al cabo, aquellos soldados no llevaban fusil y sus armas al hombro se reducían a picos y palas de color mate brillante.

Más, mucho más le gustaban al chiquillo aquellos de pantalón blanco ceñido, altísimas botas, casaca negra y roja, botones y charreteras doradas, escopeta de machete largo y un raro sombrero con pluma, más grande que una barretina y más pequeño que los capirotos que iban detrás. Pero para tener uno de esos uniformes hacía falta mucho más que un milagro, porque esos eran los granaderos marrajos y venían desde Cartagena. El chiquillo ya los había visto un día, en uno de los viajes que Antolino le dejaba hacer -a mi lado y quietecico ¿eh?-- en el Blitz de la Empresa, que iba a gasógeno.

Pero como nada hay imposible si se emplea uno con constancia -y menuda la tabarra que los críos son capaces de dar- un año después el chiquillo ya tenía túnica. Era blanca. Del San Juan.

Martín y Martín Luis, su primo, seguían con su túnica roja del Cristo, que llevaba aquel cinturón negro con escudo bordado en oro. También era del Cristo "Quiqui" Verdú, enchufado por su padre, y otro tanto le pasaba a Paquito Bernabé con la Dolorosa. Eran túnicas que le gustaban. Pero su amigo Miguel Ángel Celdrán le había procurado una túnica como la suya y, además, Manolo Parrado le había dicho que el San Juan era el mejor.

Así que aquel Viernes Santo su madre le puso unos calcetines blancos y sacó del cofre aquellas sandalias de dos tiras pintadas en oro, le vistió de día de trabajo, le puso la túnica encima, al capirote de cartón le ajustó la tela recién planchada, del cajón del despacho sacó un paquete con caramelos -"métetelos en el bolsillo"- le dio un beso y... allá que se fue el chiquillo. A la calle Mayor. A pasear con el capirote al hombro, repartir caramelos y hacerse la foto para el recuerdo.

Ya en la procesión, un lío. El capirote se iba para atrás y el chiquillo intentaba evitarlo sujetando con una mano la tela a la altura de la barbilla. La otra mano en el hachote. Ni siquiera había terminado de pasar por la calle Real y al chiquillo ya no le quedaban caramelos. Bueno, le quedaba uno, pero ese lo guardaba para dárselo a ella. Fue por eso que cuando llegaron a la plaza de los Benzales, allí donde la procesión se rompía en descanso y resuello para lucirse por la amplia calle Mayor, el chiquillo tuvo que conformarse con quitarse el capirote, apaciguar el calor y ver cómo los demás chupaban caramelos. Martín Luis los llevaba en una bolsa de terciopelo rojo.

Llegado el último tramo, mejor sujeto el capirote desde El Punto y hecha la seña acordada con su madre para que lo reconociera desde el balcón, la preocupación se centraba en terminar bien. Pero aún le quedaba por sufrir.

Ahora el lio se lo armó el zagal con los guantes y la hendidura de la túnica con el hueco del bobillo del pantalón, "¿Dónde está el caramelo que le habías guardado para cuando la vieras? ¡Que ya está allí! ¡En la puerta de la Carnicería de Alfonso! ¿Dónde está el bolsillo? Ya estabas cerca. Parrado achuchaba para que no retrasaras la formación ¡Venga, que ya falta poco y lo estamos haciendo muy bien"- ... Si, sí, pensaba el crío, Pero ¿dónde está el caramelo? Lo fallaron las piernas, rebasó a la zagala, no le dio el caramelo y, por tanto, tampoco le rozó la mano, que era un poco de lo que se trataba. (RÁFAGA MÚSICA SUAVE).

Calle Numancia abajo, camino do la recogida, la Ilusión del procesionista volvía a vestirse de uniforme, trompeta y tambor para oír el himno nacional a la entrada de la Virgen.

(SUBE MÚSICA HIMNO Y PAUSA)

Con el pan y chocolate de la tarde, el desasosiego se tornó en nostalgia. ¡Tanto esperar el día y ya se acabó!

Así que Intentó Ir al Cine Moderno, pero no había película. Cruzó la calle y se gastó la peseta en el puesto de Federo. Estaba Julín, que siempre le daba algunas chuficas de más. Se encaminó a la iglesia del Rosario, a ver sí aún le quedaban flores al Cristo. Le llevaría una a su madre. Pero ¡qué val La imagen ya estaba cubierta por un sayón. En la puerta de la iglesia, con un envidiable balón de reglamento y sorteando los eucaliptus, los hermanos Viviente y los Paganes jugaban un partido de fútbol. Le habría gustado sumarse, pero, no. Eran los mayores y tampoco esa tarde le iban a dejar jugar. Además, esos eran los de la Glorieta de don Enrique que te preguntaban lo de ¿Cali o marra? y te sacudían un cogotazo cada uno si decías lo que ellos no eran. Así que el chiquillo decidió irse con los de la Empresa que eran los

suyos. Pero antes volvería por la calle Bailón por si acaso en el Mery sí hubiera cine. Tampoco había. En la puerta están las carteleras de la película que pondrían el día siguiente. Sábado de Gloria. Se llama "El Judas", por Antonio Vilar. Sigue calle Mayor abajo. En el Bar Pagan consume las últimas perras que le quedan en dos aceitunas rellenas, pinchadas en cada punta de un mismo palillo. Un poco más adelante se para a contemplar, una vez más, el escaparate de la confitería de Marita convertido en multicolor montaña de caramelos. En la puerta del Café Moderno, don Francisco Bernabé debe estar contando algo gracioso, porque todos le acompañan en las risas. El del bigote que permanece serio y estirado es don Diego, el veterinario que hizo llorar al perro de su primo Ginés Marín cuando le puso la vacuna. También está don Pedro Guijarro, que sorbe un café y mira a derecha e izquierda, con un puro entre los dedos. Con don Paco Barrionuevo, el alcalde, hay un señor alto, delgado y con bigote que no es del pueblo. O que, si lo es, pero lleva tiempo fuera. Su padre le aclaró luego que es juez y se llama don Antonio. También está, de pie, a un lado del quicio de la puerta principal, don Vicente Plazas. Y otras personas que se nota son forasteras. O no. Son los unionenses ausentes, que volvían por Semana Santa y daban al pueblo el inconfundible sello que acompaña a todo acontecimiento especial y cuyos hijos, por ley de vida, volverían cada vez más de tarde en tarde hasta que, pasado el tiempo, La Unión se les redujera a recuerdo, a un manojo de historias que contar.

En los balcones de las casas, todavía lucen las palmas del domingo anterior. A algunas las abrazaba un crespón negro.

(RÁFAGA MÚSICA SUAVE)

Cuando el sol iniciaba su retirada por el Cabezo Rajado, vaya

usted a saber por qué el chiquillo se acordó de su abuelo. En un tris tras cruzó la calle, subió el piso, empujó la puerta y entró a la carrera pasillo adentro.

Desde la cocina salía el tufillo del caldo Maggi a punto de ponerle los fideos, terminó de correr el pasillo y... ahí estaba, junto al balcón que daba a la botica. Allí estaba. Las gafas de leer a media nariz, el pelo negro, chafado y brillantado, la espalda enhiesta... Allí estaba. Impresionante. Serlo y afectivo a un tiempo. Sorprendido porque el zagal hubiera irrumpido en su lectura y preguntándose, casi molesto, por qué el chiquillo no lo habría interrumpido antes, mucho antes, de que relejera su aburrido "ABC".

Hablaron. Le contó lo de las procesiones y las túnicas y lo bien que se lo habla pasado y, como siempre, el chiquillo preguntó y, como siempre, el abuelo respondió con profusión de ejemplos. Aquella tarde el chiquillo empezó a hallar respuestas a las preguntas que tanto se hacía en torno a por qué los judíos mataron a Jesús y por qué Jesús, si era Dios, dejó que lo mataran. Por qué Jesús no fulminó a los judíos y al Pilatos ese que se lavó las manos. Por qué..., por qué..., ¿Por qué? ¿abuelo?... ¿Por qué?... (INICIA MÚSICA)

(MÚSICA "TORMENTOSA")

(DURACIÓN: 1,15")

Diez, quince años después, dejada atrás la etapa de la niñez, el joven empezó a asimilar el alcance de las palabras y ejemplos del abuelo.

"Porque en el principio fue creado el hombre para vivir y no para morir -había dicho el abuelo-; para trabajar desde el señorío y no desde la fatiga que lleva al agobio; para dominar la Naturaleza y no para padecer sus embates; para gozar en armonía del Universo

creado y no para hacer de la guerra una ocupación... Y todo eso lo desbarató el propio hombre bíblico: Adán."

Y continuó el abuelo: Pero el proyecto no quedó totalmente arruinado. Así nos lo hizo ver Jesús con su palabra y, sobre todo, con su ejemplo. Justo esto es lo que rememora la Semana Santa". La Semana Santa que hoy pregonamos es una cita que invita a la reflexión y las procesiones, una manifestación popular que conjuga lo estético y lo religioso. Como popular, la Semana Santa conlleva festividad y comunicación; como estética, aglutina artes que muestran sensibilidad en el modelado, imaginación en el diseño y armonía de espacios y tiempo, es decir, musicalidad. Como religiosa, que es el pilar que sustenta todo lo anterior, la Semana Santa es expresión intimista de un pueblo que, como en La Unión, vence dificultades y llama a la esperanza.

En este pregón que —como habéis comprobado ya— está hilvanado desde la sinceridad de la propia vivencia, procurando marginar la erudición por sí misma a la que tan proclives somos los aficionados a escribir; en este pregón que quiere desvestirse de roles y prejuicios para desnudar el corazón de un unionense que llama a unionenses; en este templo donde el pregonero recibió el Bautismo, confirmó su fe y se desposó con la que hoy es su alter ego insustituible; en este marco donde, todavía reciente, despidió a su madre —irrepetible mujer— del breve bien que es este mundo (fácil viento, leve espuma a los ojos de Dios) el pregonero invita modestamente a reflexionar, a mirar para adentro al paso de la procesión unionense:

Con el Nazareno, tal vez adviertas el caminar de la injusticia, que te va diciendo que el pensamiento de Dios desciende hasta la soledad y que es preferible andar con Dios en la oscuridad que ir a plena luz, pero sólo.

Con la Verónica, quizás retengas la imagen del dolor que, a lo mejor, te decides a amortiguar. No, no es necesario que te vayas a Bosnia, ni tampoco a Etiopía. Lo tienes, lo tenemos, aquí al lado. Lo conocemos, lo saludamos. Él espera un "¡Hola!" pero apenas recibe un "adiós".

Con la Dolorosa puede que rememores aquella mujer de minero, mano rugosa que desgrana las cuentas de un rosario mientras dos perlas cuelgan de sus ojos enrojecidos y hallan cañada en las prematuras arrugas de su rostro. En el trasfondo de esas lágrimas, ya lo sabes unionense: el mineral de veta, la pega, la explosión... el sustento a costa de la propia vida.

Al paso del San Juan, quizá palpés el valor de la fidelidad en el acompañamiento, es decir, de la solidaridad. Era el más joven de los apóstoles y, escrito está, los jóvenes necesitan más modelos que críticos. Jesús es el modelo que aquel joven sigue, incluso en hora extrema como aquella cuando, a buen seguro, le asaltarían dudas razonables de cuanto sucedía y a las que él, Juan, respondió, como el abuelo al chiquillo, que la razón rehusaría rendir homenaje a un Dios que pudiera ser comprendido totalmente por ella.

Con la Caridad junto a la cruz, no te será difícil admirar la estampa de la firmeza. El cartel de MADRE - por qué no la tuya, por qué no la mía- que enaltece la visión de su hijo a través de las lágrimas; que aún quiere mecer a su niño grande; que sabe que a partir de entonces la Fuente tiene Sed y, por eso, ella, María, se convierte en la Eva del Si. Stabat iuxta crucem. Con la riqueza lingüística del latín, el Evangelio narra que la Madre stabat. No dice erat. Dice stabat que significa estar a pie firme, echando raíces, inasequible al desamor.

Y finalmente, el Cristo. El Cristo de los Mineros. Pero esa

procesión no la voy a contar. Por lo que a mí respecta, la voy a sentir... Os invito a sentirla. Sólo os daré algunas pistas y el resto habréis de ponerlo vosotros. Bastará que rasquéis un poco en el recuerdo. Tomad nota: (INICIA MÚSICA SUAVE)

Tu hermano, tu padre, tu hijo, tú mismo.... muchos hombres y mujeres con velas y carburos encendidos. Sólo unas pocas túnicas. Rojas y negras, bamboleantes, y el sonido de un ronco tambor. Un cielo negro y unas estrellas muy brillantes. El leve chasquido de las pisadas. En la acera, o asomadas a las puertas de sus casas, mujeres que se santiguan, padres de enjuto semblante y aquel bebé, ya dormido, en su hombro. Un soplo de brisa tintinea las llamas de los carburos y... ahí arriba, en medio de una nube color luz, ingrávido, firme, el Cristo de rostro sereno, cuerpo atlético, refugio de esperanzas, en cuyo oído aún retiene, agradecido, la saeta que para él escribió María Cegarra, la monumental poetisa que este pueblo dio al mundo de la lengua castellana:

Carburos de dos en dos,
de cuatro en cuatro, luceros
van alumbrando en La Unión
al Cristo de los Mineros, cuando
pasa en procesión.

(SUBE MÚSICA Y CULMINA)

No hay incógnita que despejar Está claro desde el principio que el pregonero ha utilizado como hilo conductor el solar de un paisaje, de una memoria que se construyó en la infancia. Y ha utilizado, para ello la gramática del niño y la sintaxis del recuerdo.

Y cuando ahora, sólo de adulto, el pregonero ha comprendido el privilegio que tuvo con ser niño y corretear al escondite en la

puerta de la Empresa; en buscar palmitos por el monte Poca Ropa; en cruzar la Cuesta de las Lajas para gozar de un buen baño en Portmán, entonces bahía; en volar cometas junto a la Cochera Rota; en jugar a la pelota en el Campo de Poyato o en ir de excursión, al Chorrillo nada menos, por Pascua de Mona, permitidle al paisano que utilice el símil de un sacerdote de hoy, pegadico a la vecina tierra alicantina, para pedir en préstamo unos versos a Miguel Hernández. En vísperas del día en que los propios ojos del poeta se cerraron al verde y al azul, recojo aquellos que en metro alejandrino le sirvieron para cantar la muerte de su hijo; aquellos "ojos nacientes, de fáciles reflejos".

Dice así el poeta: Vivificar las cosas para la primavera / poder fue de unos ojos que nunca fueron viejos.

Ya sé, Miguel Hernández, que aquellos ojos que nunca fueron viejos eran los de tu hijo, pero la fuerza de tu palabra es tu legado y me permito cogerla prestada para tratar de ver con esos ojos que nunca fueron viejos. Los ojos del niño que todos hemos sido, los ojos de la Infancia de la que nunca se cura, para así buscar el modo de vivificar las cosas-*por primavera*"

Fue por Primavera cuando Pedro Ginés Celdrán, Eugenio y Paco Faraco, Carlos Pérez, Pepito el Vinagrero, Paco Hernández, Paco Conesa... y tantos otros estudiantes se esforzaron, y de qué modo, en sacar en procesión a la Verónica, que vino a Incrementar el número de tronos y tercios que desfilaban en la Semana Santa unionense, ya tradicionales desde 1947. Las gracias hay que dárselas a la inquietud de aquellos jóvenes que, plenos de ilusión y voluntarismo, lanzaron al viento de La Unión su primer pregón para decir, sencillamente, aquí estamos.

Nuestro irrepetible Asensio Sáez, celoso guardador y brillante difusor de la singularidad unionense, lo recoge textualmente:

"Aquí estamos" -decían los estudiantes de la Verónica- "Aquí estamos, sí, con la alegría de conocer que es bueno el cielo por abril, cuando entre el mismísimo polvo de las terreras crece el hinojo y el tomillo y, al borde de los rebalsos mineros, el sol le saca los colores a la amapola; también con el gozo, acaso insolente, de sabernos respaldados por la primavera y avalados por la sonrisa del buen Dios, quien, a golpe de su propio sudor y por mediación de la Verónica, nos dedica esta Semana Santa su retrato."

Y termino ya. Cada generación tiene el reto de recoger su propio pasado, leerlo en profundidad y transmitirlo al futuro. Por ello, tengo para mí que el buen Dios os sigue sonriendo por esto despertar que habéis procurado a las procesiones de La Unión, nuestro pueblo, tan necesitado de que sus hombres y mujeres vivifiquen las cosas. Por primavera, por cada primavera, y para todo el año.

He visto con ojos de niño paisajes suelos y casas de una época. Pero la roca que sustenta cualquier obra no es la piedra en sí, sino las personas que la edifican y la mantienen. De ahí que en las procesiones de Semana Santa (que vosotros, con vuestros ensayos y trabajos preparativos veníais pregonando mucho antes que yo) bastante más que las imágenes, la luz, las flores y los bordados, la piedra sois vosotros. Los hombres y mujeres de esta tierra que aún tienen muchas cosas que decir.

Pisad fuerte, unionenses. Los hijos de quienes no se arredraron ante la tragedia de la mina, los hijos de quienes gallardamente pagaron el alto precio que ponen al pan las entrañas de la tierra, son y serán capaces de vivificar las cosas.

Los ojos del pregonero ya se han hecho mayores, casi viejos, de tanto mirar. El Jueves Santo volverán a fijarse en el Cristo de los

Mineros, que es la debilidad de todos los unionenses, quienes, a su vez, son también la debilidad del Cristo: el modelo. De cómo vivir. De cómo sobrellevar un drama y triunfar sobre él.

La respuesta a esa empatía entre Cristo y unionense, una vez más en saeta de María Cegarra:

Dejadme que coja al Cristo
con mis brazos de minero;
en cuanto nos hemos visto
me ha llamado compañero.

Un Cristo que te llama compañero no se anida en la tragedia. Va a tu lado. Para compartirla primero, y para superarla después. Por eso el unionense cubre al Cristo de luz y lo riega de flores, porque con el desgarró de la terrera -y a pesar de él- el cristiano unionense ha decidido, y ha decidido bien, que la tragedia no es cristiana.

Y ahora sí que acabo. Me cumple, como pregonero, informar en voz alta y ante concurrida audiencia, lo que conviene que sea.

He aquí el anuncio:

Paisanos de dos en dos,
de tres en tres forasteros
acudid pronto a La Unión
que el Cristo de los Mineros
otra vez sale en procesión.

Gracias por escucharme

